



DIÁLOGO SEGUNDO

DE ÁVILA Á ZUMÁRRAGA.

VOLABA el tren, dejando en el aire las ondas fugitivas de su penacho de humo, y las dos amigas continuaban durmiendo una enfrente de otra, en la misma posición y de la misma manera en que las hemos visto salir de la estación de Ávila.

De vez en cuando entreabrían los ojos, cambiaban de posición, y volvían á dormirse. Habían charlado mucho durante la noche, y las había cogido el sueño de la mañana de medio á medio. Y ciertamente, en los caminos de hierro, el viajero, almacenado en un coche, sin más valor que el que puede tener un fardo que se transporta, sometido á la ley brutal de la máquina, no le queda más recurso para pasar el tiempo que charlar ó dormir, porque la velocidad con que se camina no deja que

la vista contemple la novedad ó belleza de las perspectivas que se suceden en el curso del viaje. Todo pasa en óptica confusa, y el paisaje, cambiando á cada instante de color y de forma, se desvanece interminablemente como una sucesión de *cuadros disolventes*; transformación continua, que, en vez de recrear, marea, que cansa el ánimo, sin dejar en la memoria ningún recuerdo.

Nuestras viajeras hacían perfectamente en dormir al atravesar las llanuras de Castilla, iluminadas por los primeros rayos del sol de Julio.

Inés fué la primera que abrió los párpados, reuelta al parecer á no volver á cerrarlos: abrió la boca en prolongado bostezo, que terminó en un triste suspiro, como si saliera de las delicias de un sueño dichoso al fastidio de una realidad penosa.... ¡Cuántas veces en la vida despertamos con la aflicción del que cae del cielo á la tierra!

Miró á su amiga, que continuaba profundamente dormida, sobre cuyo regazo descansaba la rubia y risueña cabeza de la niña, moviendo imperceptiblemente los labios, como si hablara con los ángeles un lenguaje que los hombres no entienden.

Después que con envidiosos ojos contempló por algunos instantes el reposado grupo que formaban la madre y la hija, inclinó la cabeza sobre la ventana del coche y sondeó el paisaje que se movía alrededor del tren; mas retrocedió asustada, y cerrando los ojos, exclamó, sin poder contenerse:

—¡Dios mío, qué precipicios!

Este grito despertó á Rosalía, que se incorporó llena de espanto, diciendo:

—¿Qué sucede?

—Nada (contestó Ines): que acabamos de pasar por Pancorvo...., y el camino va, como las águilas, de peñasco en peñasco.

Asomó á su vez Rosalía la cabeza por la ventana del coche, y también retrocedió asustada, exclamando:

—¡Qué barbaridad!....

Al mismo tiempo rodeó á la niña con sus brazos, como si quisiera defenderla del peligro. La niña abrió los ojos, sonrió á su madre, y volvió á quedarse dormida. Inés guardó silencio, esperando tal vez que Rosalía reanudara la conversación que se quedó interrumpida en la estación de Ávila; pero ésta, demasiado preocupada por la idea del peligro de que se creía amenazada, no parecía dispuesta á emprender conversación ninguna, por lo menos mientras durara el terrible tránsito del tren por aquellas montañas.

Inés dijo:

—¿Tienes miedo?

—¡Oh! sí,—contestó Rosalía, estrechando más á su hija.

—Pues no pienses en ello.

—¿Por qué?

—Porque es inútil. Cuando una se mete en uno de estos coches, silba la máquina y el tren parte,

nos entregamos completamente en manos de la Providencia; no hay socorro humano que pueda valernos, si la catástrofe estalla.

—¡Pero eso es horrible!—exclamó Rosalía.

—Sin duda; mas si no hubiera caminos de hierro, el mundo carecería de las ventajas que proporciona este elemento civilizador; y, sin ir más lejos, ahí tienes que aún estaríamos cerca de Madrid, si hubiéramos emprendido nuestro viaje en una insoportable diligencia. Váyase, pues, lo uno por lo otro. Mira: ahora vamos á pasar el Ebro.

—Esto es viajar con el alma en un hilo.

—¡Quién piensa en eso! El coche es cómodo, y el viaje breve; lo demás, ¿qué importa?... Hablamos, pues, de otra cosa. Esta madrugada viste á mi señor marido, y tengo curiosidad por saber qué impresión te ha causado....

Rosalía movió la cabeza de un modo equívoco, como quien trata de eludir la respuesta que se le pide; mas Inés soltó una ruidosa carcajada al ver la vacilación de su amiga, y añadió:

—No, no; sé franca; no te dispense de la sinceridad.

—Esas cosas (replicó) son delicadas....: al fin es tu marido. Si fueras á casarte, sería distinto: aún tendría remedio.... Quiero decir.... Además...., no lo he visto bien...., no lo conozco....

—Te comprendo.... Me compadeces, y no quieres mortificar mi vanidad de mujer, diciéndome: «Inés, te has casado con un estafermo....»

—¡Dios mío! Yo no digo semejante cosa....

—No te atreves á decírmelo; pero lo piensas....

—¡Y bien! (exclamó Rosalía, no encontrando palabras con que hacer traición á sus sentimientos.) ¿Por qué te has casado con ese hombre?

—¿Por qué? (repitió Inés, frunciendo el entrecejo.) ¡Claro está! Porque era rico.

—Entonces (añadió Rosalía, encogiéndose de hombros), ¿de qué te quejas?

—No me quejo.... Lo que hago es vivir deseperada, porque he vendido mis ilusiones, mis esperanzas, mi felicidad, por un puñado de oro; menos aún, porque ese oro no es mío, y veo que he hecho un malditísimo negocio.

—Pero eso (replicó Rosalía), ¿cómo no lo has visto antes?

—¡Antes! (exclamó Inés.) Mira: antes me pusieron una venda en los ojos.

—¡Una venda en los ojos!....

—Sí...., en los ojos de mi corazón, en los ojos de mi conciencia, en los ojos de mi cara.

—¿Quién?....

—¡Oh! Es cruel el decirlo; pero quiero que lo sepas. Tienes una hija que ahora duerme tranquilamente sobre tus rodillas; mañana será mujer, y será hermosa, y tal vez lo que voy á decirte á ti, que eres su madre, la libre de caer en el precipicio á cuyo borde yo me encuentro, precipicio más terrible y más peligroso que los que estamos pasando en este momento. Pusieron una venda en los ojos

de mi corazón, en los ojos de mi conciencia y en los ojos de mi cara. Mi padre, mi madre, mis hermanos....; cuantas personas parecían obligadas á iluminar mi entendimiento y á dirigir mis acciones: todo el mundo. ¡Ya se ve! Se trataba de que fuera rica....; se trataba de conquistarme una posición desahogada....; buena casa; buena mesa, un coche, criados, joyas, vestidos...., y toda mi familia conspiró á mi alrededor con el tierno fin de hacerme dichosa.

—¡Bah!... (dijo Rosalía, interrumpiéndola.) Tú exageras.

—No (contestó, abanicándose con viveza, como si experimentara la incomodidad de un calor repentino): no exagero; todo eso lo poseo: vivo en buena casa, como en buena mesa, tengo criados que me sirven, coche, algunas joyas y muchos vestidos. ¡Oh! sí. Mi posición es envidiable.... Los cálculos de mi familia eran exactos....

—Quiero decir (advirtió Rosalía) que exageras el empeño de tu familia en casarte contra tu gusto. Inés se echó á reír, diciendo:

—Es verdad....: no me pusieron un puñal al pecho....; no ejercieron conmigo ninguna violencia; me casé por mi gusto; sé que no tengo ni siquiera el derecho de quejarme; pero sería muy ingrata si no reconociera y confesara que les debo toda la felicidad de que gozo.

—¿Y puedes creer que tu familia?...

—No (se apresuró á decir Inés); mi familia se

engañó á sí misma; vió lo que en el mundo se llama un matrimonio ventajoso, una ganga, y no pensó ni en mi corazón, ni en mi virtud. Hay muchas, muchas familias honradas, que, sin pensar en ello, comercian con los más nobles sentimientos.

—Pero, mujer, ¿qué hicieron contigo?

—Nada....: lo más natural del mundo. Imagínate que ese infeliz sexagenario tuvo con mi padre no sé qué negocio, de cuyas resultas trabaron amistad, y el pobre viejo dió en visitar mi casa. Desde luego me pareció un hombre insubstancial, bastante egoísta, con unos pies enormes, de los que sólo se podía servir arrastrándolos. Si hubiera sido joven, me habría parecido feo y me habría sido antipático; pero había cumplido ya sesenta y tres años, y no pensé en semejante cosa. Después de algún tiempo advertí que era sumamente pesado, que nos hacía visitas diarias é interminables, y pensé que había tomado mi casa por café ó por casino, adonde iba por pura comodidad y por mero pasatiempo. Á todo esto, mi familia lo trataba con una consideración, con un agasajo, que, sin saber por qué, empezó á parecerme de malísimo gusto, y resolví evitarme el fastidio de su presencia, y, sobre todo, la pejiquera de su conversación insufrible. Mas mi madre, que es tan azúcar en punto, me hizo entender que la señorita de la casa debía hacerle los honores á la posma del hombre, y por no disgustarla, decidí vengarme del viejo burlándome de su necedad, y llegó á establecerse entre nos-

otros la intimidad que existe entre el verdugo y la víctima. En honor de la verdad, debo decir que sufría mis chanzas con mucha paciencia, y yo me permitía con él libertades que no me hubiera permitido con otros, porque para mí no era hombre. Un día me llamó mi madre, y me dijo: «Inés, eres una señorita juiciosa. Tienes virtud, talento y belleza bastantes para hacer la felicidad del hombre que sepa estimarte y comprenderte, y me parece que has encontrado ese hombre.—Señora (le contesté): no he encontrado hombre ninguno, ni he pensado jamás en casarme.—Bien (replicó): esa reserva es natural; las niñas no hacen nunca ciertas confesiones; pero los padres estamos obligados á pensar en el porvenir de nuestros hijos, y tú, al fin y al cabo, has de establecerte.—¿Y qué piensa V. (le pregunté).—Pienso (me contestó), que el mundo está perdido; que la juventud está corrompida, y me estremezco ante la idea de verte mañana ó el otro en poder de un joven lleno de vicios, que haga la desdicha de tu vida.»

Rosalía suspiró al oír estas últimas palabras, y su amiga le preguntó:

—¿Tu marido tiene vicios?

—Sí (contestó Rosalía): tiene uno; el vicio de la política.

Miróla Inés con desdeñosa compasión, y prosiguió diciendo:

—Jamás me había ocurrido la idea de ser monja, y no supe resolver la dificultad del caso que mi ma-

dre me presentaba. Ésta me dijo: «Te quedas pensativa, y me alegro; piensa en ello». Te confieso que no obedecí á mi madre, pues no volví á pensar en el asunto. Otro día hablábamos mi hermano y yo del hombre que hoy es mi marido, y mi hermano me decía: «Inés, ¡qué suerte tienes! Pescar un viejo millonario es, te lo diré en latín para mayor claridad, el gran *desideratum* de una mujer que sabe dónde le aprieta el zapato, y tú has flechado á nuestro rico *pelele*.—¿Y crees tú (le dije con la risa en los labios) que se puede querer á un viejo para marido?—Precisamente (me contestó) es para lo único que se le puede querer.—No disparates (le repliqué). Tú hablas siempre mal del matrimonio, y no comprendo tan repentino cambio de parecer.—Vas á comprenderlo (me dijo): casarse con un viejo es casi no casarse; es el menos matrimonio posible.» Poco á poco se fué formando en mi casa una atmósfera matrimonial que me sofocaba; mas al fin me acostumbré á aquel aire de casamiento ventajoso que respiraba por la mañana, por la tarde y por la noche. Mis amigas decían que era una fortuna loca, y los jóvenes que frecuentaban mi casa comenzaron á mostrarse conmigo más reservados; y uno de ellos, el que en Ávila se acercó á saludarme, que es un hombre de mucho talento, á quien yo distinguía entre todos, decía siempre que se hablaba de este asunto: «Sí, sí: todo el mundo conviene en que es una gran boda». Por último: mi padre me presentó las for-

males pretensiones del viejo, pidiéndome una respuesta. «Yo no quiero á ese hombre (le contesté), y no podré quererle nunca.—Bien (me contestó); es un capricho de niña mimada, que te hará perder á los ojos de las gentes sensatas la opinión de juiciosa que entre todos disfrutas; pero yo no trato de torcer tu voluntad.—Á lo menos (repliqué), déjeme V. que lo piense.—Eso es muy justo (añadió); estas cosas deben pensarse.» La noticia de mi próximo matrimonio circuló por todas partes, y recibí los más expresivos parabienes, porque á nadie le ocurría la idea de que yo pudiera resistirme á tan pingüe enlace. Cada uno me pintaba á su modo y á su manera las diferentes perspectivas de la dicha que me esperaba, y empecé á creer que sería una locura desechar tan buen partido, y yo tenía mi vanidad en ser juiciosa. ¿Qué hubieras tú hecho en mi caso?

Rosalía no esperaba esta pregunta, y balbuceó las siguientes palabras:

—Yo...., ¡quién sabe!.... Tal vez.... ¡Qué sé yo lo que hubiera hecho!

El tren se detuvo en la estación de Vitoria, y luego que hubo salido, continuó Inés diciendo:

—Me falta un detalle: los periódicos dieron cuenta del suceso, haciendo de mi belleza y de mi elegancia los más lisonjeros elogios, y poniendo al pobre viejo en los cuernos de la luna. Anunciaban, por supuesto, que después de la luna de miel abriría mis salones, y sería una de las damas más

brillantes de la buena sociedad. Mi buen viejo oía estas cosas, y las celebraba restregando una con otra sus huesudas manos, y riéndose como un estúpido. Aún no me había yo decidido, y ya estaba casada en el ánimo de las gentes....; mi matrimonio era cosa hecha; lo había decidido la opinión pública, y bajé la cabeza, y me casé por sufragio universal.... Así ha salido ello. ¡Ay, Rosalía! Reuní todo mi juicio para hacer una gran locura.

—No es, ciertamente (dijo Rosalía), cosa agradable verse en la flor de la juventud casada con un viejo, á quien no podemos amar, y que, francamente, no puede comprendernos; pero, vamos, mujer; no es una desgracia tan grande, y en cambio tiene otras ventajas.

—¡No! (gritó Inés con vehemencia.) Es el vacío en el alma...., la soledad en el corazón...., el frío en los huesos.... : es un peligro constante á nuestra virtud; es la lucha continua de nuestra conciencia con las más temibles tentaciones.

—Comprendo todo eso; pero si tiene talento, si tiene bondad, si es generoso....

—¡Talento!.... ¿Crees tú que pueden tener talento los viejos que se casan? ¡Bondad!.... ¿Te parece poco cruel su compañía? ¡Generoso!...., ¡y compra una dicha imaginaria, sacrificando la felicidad de toda mi vida!

—Pues bien: yo te digo que un hijo calmará al fin y al cabo la exacerbación de tan exagerados sentimientos; no tengas duda.

—¡Jamás! (exclamó Inés.) La idea de tener un hijo me horroriza. Un hijo veletudinario, enfermizo, enclenque...., que sacaría en su sangre la decrepitud de su padre.... : nunca.... No se puede jugar con la naturaleza, y yo sé que los hijos de los viejos son muy infelices.... No me queda ni el consuelo de ser madre.

Aquí el silbido de la máquina cortó de nuevo la animada conversación de las dos amigas, y un momento después entraba el tren lentamente en la estación de Zumárraga.

—Vamos á separarnos,—dijo Rosalía.

—Veremos (añadió Inés); porque me ocurre una idea.

—¿Qué te ocurre?

—Ya verás.... Voy á hacer una locura llena de juicio.... Nos vamos á reir mucho, mucho.

El tren se detuvo, y las puertas de los coches comenzaron á abrirse.



DIÁLOGO TERCERO

EN ZUMAYA.

LA primera casa que se encuentra á la entrada de este pueblo se halla situada á la izquierda: un pequeño jardín cuadrado, partido por dos sendas que se cruzan en medio, dividiéndolo en cuatro partes iguales, lleva sus tapias hasta la linde del camino. Cuando yo estuve la última vez en Zumaya, este jardín empezaba á serlo.

Tiene la casa dos pisos; no es grande, y en su aspecto sencillo deja traslucir ciertas pretensiones aristocráticas. Entre el jardín y la fachada principal de la casa se levantan tres escalones de piedra, por los cuales se sube á una especie de explanada, que sombrean, si no recuerdo mal en este momento, cuatro tilos, y de la que arranca el edificio. Lo que podemos llamar el vestíbulo es una pieza de regu-